

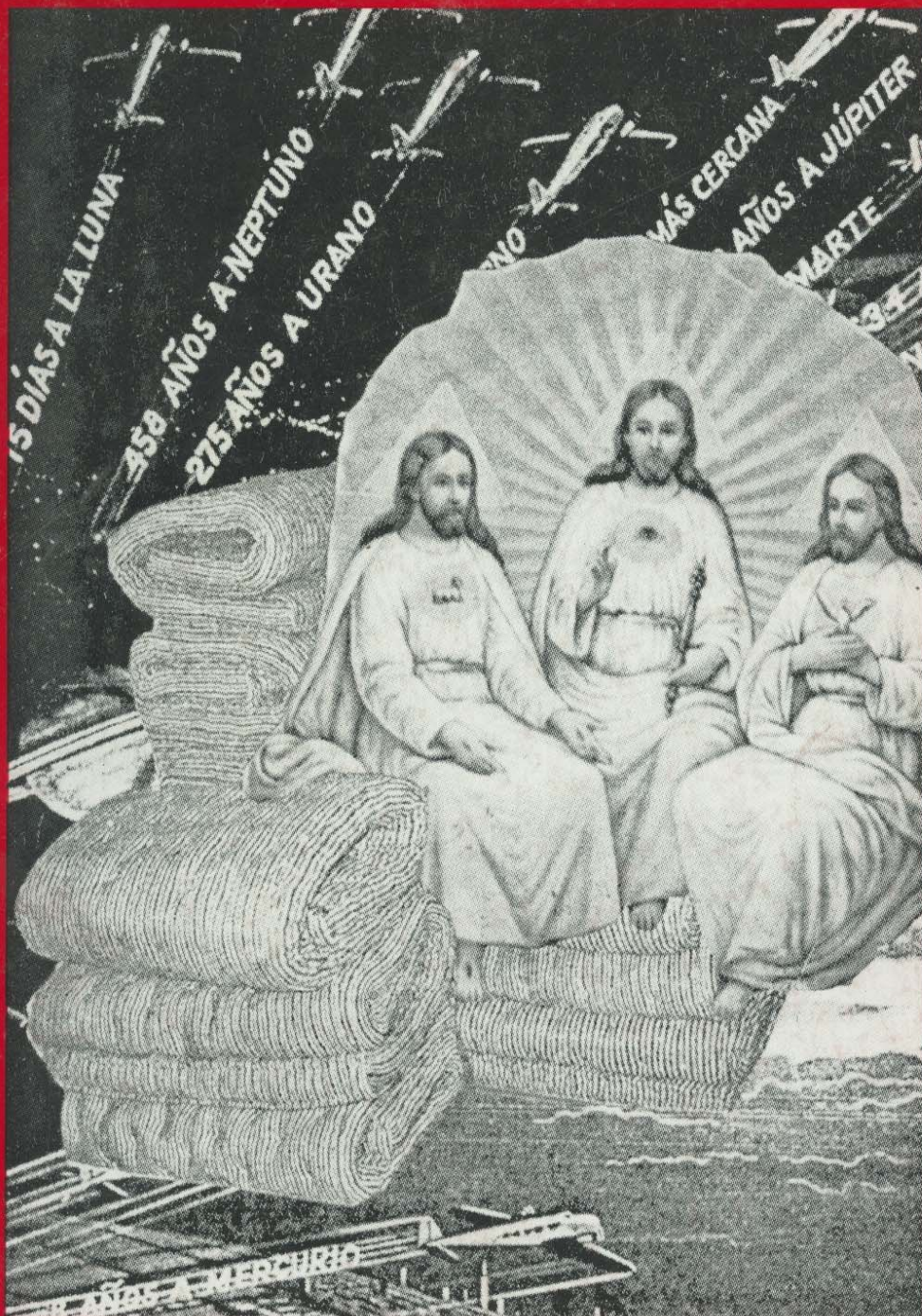
HISTORIA CRITICA



No. 11
JULIO - DICIEMBRE 1995

Colombia \$ 3.500
Exterior US\$ 10

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA FACULTAD
DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES



COLABORAN
EN ESTE NUMERO

HUGO FAZIO
CESAR AUGUSTO AYALA
MAURICIO NIETO
PABLO RODRIGUEZ
MAURICIO ARCHILA
NELLY ROCIO PEÑARANDA

EL OCTUBRE RUSO DE 1917: UNA APROXIMACIÓN INTERPRETATIVA

Hugo Fazio Vengoa. Profesor asociado del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes y del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional.

La atomización del sistema socialista y la desaparición de la Unión Soviética, extraordinarios acontecimientos de este final de siglo, han sido una clara demostración de que la revolución rusa de 1917, a diferencia de la francesa de 1789, sólo logró encarnar una gran ilusión sin llegar a simbolizar una nueva forma de civilización¹. Si bien es innegable que este acontecimiento ha sido uno de los más importantes del presente siglo², al propiciar la división del mundo en dos sistemas socioeconómicos y políticos irreconciliables³, no pudo erigirse en la apertura de una nueva era en la historia de la humanidad básicamente en razón de que no fue capaz de resolver la tensión que le asignaron numerosos políticos e intelectuales entre su vocación hacia una pretendida universalidad y su causalidad eminentemente local, inscrita en las profundidades de la historia nacional.

Esta contradicción entre la proyección que buena parte de los analistas le concedieron a la gesta revolucionaria rusa y la causalidad local que condujo a este estallido se explica básicamente por dos motivos: la mayor parte de las interpretaciones de este fenómeno centraron la atención en las actividades desplegadas por los círculos revolucionarios concentrados en ambas capitales -Petrogrado y Moscú⁴-, lo que permitía establecer una línea de continuidad con el radicalismo de la Revolución

Francesa, pero escasos fueron los intentos por observar como se desarrolló este proceso en las inmensidades de la historia social rusa.

Otra característica de la mayor parte de estos trabajos consistió en visualizar el estudio de esta revolución en una perspectiva que ciertos historiadores franceses llamarían de corta duración. Esta fue una tendencia que primó entre los autores soviéticos porque ello les permitía evidenciar el papel de vanguardia desempeñado por el partido bolchevique⁵. Para los críticos de la revolución un proceder tal permitía sostener la idea del carácter "totalitario" del acontecimiento porque en esta acción habría participado un pequeño segmento de la población en contra vía de los deseos e intereses de las grandes mayorías⁶.

Nuestra explicación sigue un derrotero diferente⁷: en primer lugar, vemos como una primera aproximación válida repensar la interpretación de los procesos en su propia historicidad, o sea dentro de un marco de aprehensión del fenómeno en el cual la sociedad rusa y posteriormente soviética no fue una instancia atomizada por la política, sino que ha sido un poderoso factor que ha marcado y definido el curso de los acontecimientos y en particular la evolución a largo plazo del sistema político y social.

1. F. Furet, *Lepassé d'une illusion. Essai sur L'idée communiste au XX siècle*, París, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995.

2. Véase E. Hobsbawm, "Adiós a todo aquello", en *Historia Crítica* No. 6, Santafé de Bogotá, 1992.

3. M. Ferro, *L'Occident devant la révolution soviétique. L'Histoire et ses mythes*, Bmnelles, Éditions Complexes, 1980.

4. L. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, dos volúmenes, Santiago de Chile, Quimantú, 1972; M. Lieberman, *The Russian Revolution. The origins, phases and meaning of the bolchevik victory*, Londres, Jonathan Cape, 1970.

5. A. T. Kulkina, *Páginas de la historia de la sociedad soviética*, Moscú, Polizdat, 1979, (en ruso).

6. Véase A. Ulam, *Lenin and the Bolsheviks*, Londres, Penguin, 1975, pp. 409-587.

7. Véase H. Fazio, *La Unión Soviética: de la Perestroika a la disolución*, Bogotá, Ediciones Uniandes/ECOE, 1992, capítulo primero.

En segundo lugar, la historia rusa y soviética en los últimos cien años debe interpretarse desde una óptica de análisis que tenga en cuenta los elementos propios a esta sociedad y su posición frente a la modernización occidental. La experiencia soviética solamente puede ser aprehendida en esta contextualización mayor. Tanto las revoluciones como muchas de las grandes transformaciones que sacudieron la historia de ese país fueron respuestas contrarias a la introducción de esta nueva racionalidad y siempre estuvo presente la idea de como encontrar una adecuación societal de Rusia y posteriormente de la Unión Soviética con los requerimientos del mundo moderno.

Una interpretación de la revolución en estos términos es una invitación a hacer una historia *braudeliana* de un proceso que se inscribiría normalmente dentro de una corta duración. Precisamente hacer una historia social de la revolución significa ajustar el objeto de estudio a una *longue durée*, en la cual los supuestos que permanecen y perduran son en alguna manera privilegiados; es hacer una historia donde la cronología se sustituye por los elementos estructurales y por la lógica de los actores. Como sugestivamente escribía Braudel "las civilizaciones sobreviven a los sobresaltos políticos, sociales, económicos e incluso ideológicos que, de otra parte, dirigen insidiosamente y a veces poderosamente. La revolución francesa no fue una ruptura total en los destinos de la civilización francesa, ni la revolución de 1917 en la civilización rusa..."⁸.

Un análisis en estos términos nos permite dar respuesta a dos incertidumbres que sembraron dudas sobre la validez de las interpretaciones tradicionales de la historia soviética: en primer lugar, si la Revolución fue la imposición de un régimen totalitario⁹, o sea el poder omnipotente de una casta dominante que estranguló y ahogó la sociedad y si la revolución de octubre fue algo presuntamente tan lejano a las masas de la población ¿por qué las

amplias mayorías salieron a defender el proceso revolucionario en los duros años de la guerra civil? ¿Por qué no lucharon más bien para liberarse de las ataduras que les imponían los líderes bolcheviques? De otra parte, si la revolución fue, como lo pretendió la literatura oficial soviética, una marcha triunfal ¿por qué los bolcheviques tuvieron que adaptar sus discursos y objetivos a las realidades sociales que les impusieron los otros actores?

El núcleo principal que establece la diferencia entre nuestra interpretación y las corrientes tradicionales, es que en nuestra perspectiva la historia soviética no fue el resultado de la aplicación o validez de una ideología que se interpuso en la práctica histórica. Por el contrario, fue un condicionante social el que determinó la forma de organización de los espacios políticos, sociales, culturales, económicos e incluso ideológicos. El papel del marxismo leninismo no fue otro que el de dar coherencia y legitimidad a las formas populares de organización.¹⁰

Interpretando la revolución

Partiendo de estas premisas intentaremos demostrar la hipótesis según la cual la Revolución de Octubre fue la convergencia de cuatro procesos revolucionarios populares con un radicalismo intelectual, el cual los unió y les dio coherencia. Los movimientos revolucionarios que estallaron por doquier en las postrimerías de la Rusia zarista fueron: primero, una grandiosa revuelta campesina que movilizó a aquel sector que más duramente sufría los rigores de la modernización zarista; segundo, los obreros para quienes el control de las empresas era un condición fundamental para su sobrevivencia en los tormentosos años de guerras, revoluciones y crisis; tercero, el movimiento de los soldados que de modo coyuntural luchaba por la paz y por el retorno a sus lugares de origen para sumarse a las revueltas en vías de consolidación y, finalmente, las minorías nacionales que deseaban

8. F. Braudel, *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, p. 303.

9. H. Arendt, *Le système totalitaire*, París, Seuil, 1972.

10. Mientras la revolución toma cuerpo, el cambio y la continuidad combaten codo a codo, a veces peleando entre sí, a veces fundiéndose, hasta que se establece una nueva síntesis durable (...) mientras más lejos queda en el tiempo el impacto inicial de la revolución, con más fuerza se impone el principio de continuidad sobre el principio del cambio. Esto obedece al parecer a tres motivos.

En primer lugar, las revoluciones, por muy universales que sean en sus aspiraciones y en su alcance, son obra de un entorno material concreto y de unos hombres educados en una determinada tradición nacional. El programa revolucionario ha de adaptarse a la realidad condicionadora del medio. Tanto el medio como el pasado histórico moldean los supuestos a través de cuyo prisma se ven y se interpretan inconscientemente los ideales revolucionarios. En segundo lugar, la victoria revolucionaria, al transformar el movimiento insurreccional en gobierno establecido, altera el carácter de la revolución en beneficio del principio de la continuidad. En ciertos aspectos técnicos, todos los gobiernos se parecen, piensan y obran como si se encontraran en el polo opuesto de la revolución: una vez que ésta logra sus objetivos y se instala en el poder, ha de poner fin a nuevos cambios revolucionarios, y automáticamente reaparece el principio de la continuidad.

En tercer lugar, al triunfar un movimiento revolucionario, éste se transforma en gobierno y ha de entablar relaciones, amistosas u hostiles, con otros Estados". E. H Carr, *El socialismo en un sólo país, 1924-1926*, tomo 1, Madrid, Alianza, 1974, pp. 16-18.

hacer realidad el sueño de la autodeterminación. Todos estos movimientos convergieron con un radicalismo intelectual representado por el partido bolchevique.

La Revolución campesina

En octubre de 1917, cuando los bolcheviques se emparentaron del poder proclamaron dos decretos: el primero anunciaba su voluntad de sellar la paz y cursaban esta invitación a todos los Estados beligerantes. El otro se refería a la tenencia de la tierra. Ambos decretos sancionaban medidas inmensamente populares. El segundo declaraba que toda la tierra sería transferida a los campesinos para que fuera repartida por igual entre todos los trabajadores del campo. Comúnmente este decreto ha sido interpretado como el inicio en la confiscación y nacionalización de la tierra, es decir, el comienzo de la revolución agraria. Pero, en realidad, constituyó la culminación de un proceso de apropiación espontánea de la tierra por parte de la población campesina.

Desde marzo de 1917, cuando se inició el proceso de erosión del Estado, los campesinos comenzaron una sublevación encaminada a transformar las formas de propiedad agraria. Ya en ese entonces, la población del campo tomó distancia del Gobierno Provisional, porque éste de manera obstinada se negaba a iniciar la redistribución de la tierra a favor de las grandes masas campesinas. Las autoridades basaban su negativa en el argumento de que este tipo de reformas eran responsabilidad de la Asamblea Constituyente, la cual sería convocada una vez que la guerra finalizara.

Ante la denegación de hecho por parte de las autoridades a satisfacer las demandas de los pobres del campo, el campesinado movilizó todas sus fuerzas y recursos y ya desde el mes de marzo, comenzó las apropiaciones de terrenos desocupados o baldíos. Las principales formas en que se manifestó la revolución agraria entre los meses de marzo a octubre fue la ocupación de las tierras, henares y pastos; la apropiación del inventario vivo o muerto, semillas y heno; la limitación de los derechos a la propiedad terrateniente y capitalista que prohibía la tala de bosques y la recolección de la cosecha, la ocupación de los molinos y las fábricas para elaborar los productos agrícolas, la reducción en el pago de los arrendamientos y la renuncia a sellar contra-

tos de arriendo. El movimiento revolucionario campesino ganó terreno y sobre todo monopolizó una iniciativa a la cual ninguna fuerza se le pudo oponer.

El gobierno respondió a las exigencias de los campesinos con medidas punitivas, detención de miembros de los comités agrarios y con la declaración del estado de guerra en numerosas provincias. En vísperas de la revolución de octubre el movimiento campesino estaba en pleno apogeo: en el mes de mayo se registraron oficialmente 152 casos de apoderación de fincas, en junio 112, al mes siguiente aumentó a 387, en agosto a 440 y en septiembre a 958¹¹. Estas cifras, aunque no son del todo exactas, pues sólo señalan las acciones que fueron registradas por las autoridades, muestran con gran evidencia la tendencia ascendente del movimiento campesino, ante lo cual el gobierno respondió desatando una mayor represión. "Durante septiembre y octubre fueron enviadas 18 expediciones punitivas que contaban con 3000 cosacos, cadetes y dragones a 7 provincias de Rusia central. Si en los meses de marzo-junio se aplastaron con ayuda de la fuerza militar 17 motines campesinos, en septiembre y octubre ya fueron 150"¹². -

Es interesante constatar que estas acciones de rebeldía campesina desbordaron la capacidad de dirección de los diferentes partidos y organizaciones políticas y sociales. El partido eserista, representante tradicional de los intereses de la población campesina y que estaba comprometido en la dirección de los soviets, comités agrarios y ocupaba carteras en los gabinetes de la coalición, condenó la apropiación de la tierra por parte de los campesinos¹³.

Esta actitud de los eseristas sirvió para que los bolcheviques y anarquistas ganaran apoyo entre las masas rurales, pues se convirtieron en los únicos actores que secundaban sin temores la vieja consigna de lucha campesina. Claro está que los bolcheviques tuvieron que sustituir sus lemas de colectivización socialista, dado que los campesinos nada sabía y probablemente en lo más mínimo se interesaban por la propiedad estatal de la tierra. Con su apoyo a la población campesina, los revolucionarios radicales rusos se apropiaron del programa agrario eserista, se aliaron con algunos círculos de ese partido en el campo y se convirtieron en uno de

11. *Historia de la revolución socialista de octubre*, Moscú, Editorial Progreso, 1975, pp.94 y 142.

12. Carr E., *La revolución bolchevique*, tomo 2, Madrid, Alianza, 1977, p.44.

13. Véase P. Archinov, *Historia del movimiento macknovista*, Barcelona, Tusquets Editor, 1975; P. Avrich, *Los anarquistas rusos*, Madrid, Alianza, 1974.

sus pilares de lucha por el reparto de la tierra entre la población pobre del campo. No ocurrió lo mismo con los anarquistas quienes se identificaban programáticamente con la estructuración de los espacios económicos de acuerdo a las formas comunales de organización agraria del campesinado.

Para octubre de 1917, este proceso de apropiación espontánea de la tierra iba ya tan adelantado que el decreto promulgado el 26 de octubre "no hizo más que legitimar un hecho ya consumado"¹⁴.

Es importante señalar que entre los meses que separaron la revolución de febrero a la de octubre, las masas campesinas no se plantearon la cuestión del poder, únicamente se concentraron en los temas relativos a la propiedad. Su acción se orientó en lo fundamental a la realización de una revolución agraria, o sea, se desarrolló en términos de expropiación de las propiedades de los grandes terratenientes, del clero y del Estado.

La revolución agraria transcurrió de modo simultáneo con los acontecimientos en las dos capitales. Sin embargo, su aporte fue fundamental para la creación de la situación revolucionaria que condujo a los bolcheviques al poder. La revuelta campesina desmoronó los resortes del poder y la autoridad del Estado y se identificó con aquellas fuerzas e instituciones que mostraban disposición e interés en satisfacer sus viejas reivindicaciones. En tal sentido, se puede sostener que los campesinos prestaron su apoyo a los bolcheviques en la medida en que estos se comprometieron a legalizar la transferencia de las formas de propiedad y no porque concordaran con las consignas socialistas.

Sin embargo, lo más importante de esta revolución agraria radicó en que, a diferencia de los levantamientos campesinos anteriores, esta fue una insurrección nacional y no local como había sido común antaño. Aun cuando careciera de un centro común que coordinara sus acciones, los campesinos en las diversas provincias se organizaron para apoderarse de la tierra y para hacer valer sus derechos. En ello radicó precisamente el éxito alcanzado. La antigua impotencia campesina para actuar políticamente quedó superada.¹⁵

La revuelta campesina fue decisiva para garantizar el éxito de la revolución en las ciudades. Con sus acciones minaron el antiguo orden y sobre todo

los fundamentos políticos y militares del régimen zarista. Se destruyó la maquinaria anterior y desaparecieron los gobernadores, los zemstvos, las administraciones locales y los funcionarios. En su lugar surgió una inmensa red de comités campesinos elegidos por las asambleas aldeanas o comunales. Estos comités se constituyeron en verdaderos poderes que reforzaron la autoridad y legitimaron las acciones campesinas¹⁶.

En este proceso de recomposición del poder en el campo las asambleas campesinas tuvieron la fortaleza para contrarrestar muchas de las decisiones adoptadas por el Gobierno Provisional y su radicalismo los llevó incluso a declararse en gobiernos autónomos, como ocurrió efectivamente en la provincia de Samara.

A través de estas acciones los campesinos desarticulaban completamente el Estado zarista; crearon una situación de anarquía propicia para la revolución de octubre y paralizaron cualquier tipo de esfuerzo por restablecer el poder del centro en el campo. La importancia histórica de estas acciones, más que el haber dotado a los campesinos con formas de poder y organización que les permitieron apoderarse de la tierra, fue que crearon el clima ideal para que un pequeño partido -el bolchevique- con un leve golpe de fuerza pudiera poner fin al Gobierno Provisional y dar inicio a una nueva fase revolucionaria.

Esta revolución tuvo su epicentro organizacional en las comunidades campesinas -*obschinas* o *mir*. Estas comunidades constituían el vínculo institucional entre los campesinos y el medio exterior. Para los campesinos las *obschinas* eran el instrumento apropiado para reorganizar las relaciones interpersonales durante los meses álgidos de la revolución. El renacer de las comunas permitió reconstituir los lazos de solidaridad y de participación colectiva, las cuales estaban siendo minada por las medidas diferenciadoras de la reforma agraria de 1906. Por eso es que la reconstitución de la comuna significó no sólo la recomposición de formas organizacionales tradicionales, sino también la emergencia de un campesino anclado en las tradiciones rusas. Como acertadamente señala Wolf "no obstante, cuando el Ejército rojo ganó su batalla, el *mir* comunidad campesina se había convertido nuevamente en la forma dominante de organización social y económica en el campo y lo seguiría siendo

14. M. Ferro, *La Revolución Rusa de 1917*, colección Zimerwald, Madrid, Villalar, 1977, p.94.

15. O. Figes, *Peasant Russia Civil War. The Volga countryside in revolution, 1917-1921*, USA, Oxford University Press, 1989, p.31.

16. Véase T. Skocpol, *Estados y revoluciones sociales*, FCE, México, 1985.

hasta el período de colectivización forzosa bajo Stalin. En 1917, los bolcheviques habían obtenido el poder, pero la antigua Rusia sobrevivió hasta 1929¹⁷

En este proceso de conquista de la tierra por parte de los campesinos se produjo de hecho una forma peculiar de lucha de clases, es decir una manera de ejercicio de la violencia que golpeó más duramente a aquellos campesinos que en los años inmediatamente anteriores se habían separado de las comunas para constituir formas individuales de producción agropecuaria. Algunos datos permiten ilustrar el fenómeno: si en 1916, entre el 27 y el 33% de los caseríos campesinos correspondían a tenencias de tipo privado, seis años después estos disminuyeron a menos del 2%. Entre 1916 y 1922 la participación de las formas privadas de tenencia de la tierra se redujo del 19% al 0,1% en la provincia de Samara, del 16,4% al 0% en la provincia de Saratov y del 24,9% al 0,4% en la región de Stavropol.

En otras palabras, puede sostenerse, siguiendo a M. Lewin, que la revolución de 1917 barrió con todo lo que había hecho las reformas de Stolipin: la mayor parte de las granjas independientes fueron reintegradas a las aldeas. La agricultura capitalista u orientada hacia el mercado fue completamente estrangulada. La comunidad rural resucitó para convertirse en la forma predominante de vida en toda Rusia y constituyó el principal instrumento de igualdad social. "Los campesinos salieron de su frénesis redistribuidora (...) siendo mucho más que antes (...) más orientado hacia el consumo familiar y menos agricultor que nunca después de la emancipación".

En este sentido, vale la pena recalcar que la revolución agraria modificó el carácter social del campesinado en su conjunto en favor de un mayor igualitarismo¹⁸. Guardando las debidas proporciones, es impresionante la similitud existente entre este proceso y la colectivización de 1929. Tal vez se pueda decir que la revolución agraria rusa de 1917 fue una primera tentativa de colectivización, pero a diferencia de la de 1929, no intentó crear formas de organización, gestión y producción nuevas que permitieran alcanzar una rápida modernización. El objetivo simplemente consistió en colectivizar en torno a las instituciones tradicionales -la *obschina*-, no para iniciar una nueva modernización, sino para destruir la anterior.

Ante tal panorama uno puede preguntarse: ¿porqué se desató esta furia campesina? La revolución agraria rusa en 1917 fue una respuesta popular y espontánea contra los procesos de diferenciación introducidos en el desarrollo agrario de la Rusia zarista iniciado en 1906 con las reformas de Stolipin. Este primer ministro comprendió que para superar el atraso rural y para desarticular el amplio movimiento campesino que se había consolidado durante la revolución de 1905 había que realizar profundas reformas. Para tal fin, envió campesinos a colonizar las tierras vírgenes en Siberia, con lo cual se buscaba satisfacer las necesidades más apremiantes de parte de la población campesina y eliminar las presiones que sobre la tierra ejercía el rápido crecimiento demográfico de la población campesina y legisló para que las familias campesinas pudieran separar sus parcelas de las comunidades campesinas sin el consentimiento de estas.

Posteriormente el 27 de agosto de 1906 se aprobó un *ukase* sobre la transferencia al Banco Campesino de una parte de las tierras estatales para ser vendidas a los campesinos. A continuación, el 5 de octubre se promulgó otro *ukase* sobre la eliminación de algunas limitaciones a los campesinos, con lo que fueron finalmente eliminadas las prestaciones personales y la caución solidaria -*krugovaya poruka*-, ciertas restricciones sobre la movilidad de los campesinos y sobre la elección del lugar de su residencia.

Las reformas de Stolipin, en síntesis, estaban destinadas a acelerar una evolución con "la apuesta al más fuerte": la conversión en hereditarias de las tierras campesinas que podían repartirse, con objeto de promover el auge de una clase *kulak*. En realidad, el programa Stolipin quedó muy lejos de su objetivo en lo referente al propio campesinado, porque si bien la mitad de las familias campesinas tenían en 1915 parcelas jurídicamente hereditarias, sólo una décima parte de ellas tenían sus terrenos consolidados físicamente en unidades singulares¹⁹.

La reforma de Stolipin fue un intento audaz de iniciar una reorganización "desde arriba" para abrir la vía al desarrollo del capitalismo y para destruir las antiguas instituciones y costumbres. Cuando Stolipin inició sus reformas entre el 70 y el 90% de las familias campesinas y tierras -a excepción de las provincias occidentales- mantenían un régimen de tenencia comunal. Hacia 1916, cerca de 2 millones

17. E. Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, México, Siglo XXI, 1974, pp.142-143.

18. M. Lewin, *La formation du système soviétique*, Paris.Gallimard, 1987, pp.73 y 286.

19. P. Anderson, *El Estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1985, Capítulo 6, p.359.

de familias habían abandonado sus aldeas y explotaban fincas privadas, dentro de un total de 2,7 millones que habían declarado deseos de hacerlo. Esto representaba el 24% de las familias de 40 provincias afectadas en la Rusia europea. Sin embargo, las comunas a todos estos embates habían sobrevivido.

La amplia mayoría de la población aún no las abandonaba, lo que demostraba la persistencia de los vínculos tradicionales en el campo ruso. Pero el problema en el interior de las comunas era cada vez más grave. El rápido aumento de la población obligaba a realizar periódicas redistribuciones de tierra con el fin de mantener la igualdad en la tenencia y la explotación. Empero, como la frontera agrícola no podía crecer a la misma rapidez que la población cada vez era menor el porcentaje de tierra obtenido.

Esta reforma no fue, sin embargo, el producto de unas ideas progresistas surgidas en la mente de un hombre que, sin duda, supo comprender las necesidades modernizadoras de Rusia. Simplemente constituía un eslabón importante de la cadena modernizadora que había decidido iniciar el zarismo en la década de los ochenta del siglo pasado con el fin de mantener la posición internacional del país.

Hacia finales de siglo las autoridades zaristas comprendieron la necesidad de modernizar Rusia. Para ese entonces Rusia era una de las naciones más atrasadas de Europa y se encontraba lejos de iniciar un despegue a través de la revolución industrial. Para alcanzar dichos fines era imperioso comenzar el proceso modernizador por el campo, pues era precisamente en esa esfera donde existían más obstáculos.

El campo ruso requería de transformaciones cualitativas. Este no sólo debía modernizarse sino que debía constituirse en un engranaje del proceso general de industrialización. Esta política modernizadora en Rusia requería abordar simultáneamente cuatro problemas básicos relacionados con el campesinado. En primer lugar, debía producirse una disolución, al menos parcial, de la estructura social típica campesina y una creciente integración de sus miembros en la vida económica del país. En tal sentido conviene recordar que uno de los principales problemas que generó la legislación de 1861 fue que dejó atado al campesino a la comuna y al pago del rescate de la tierra al Estado. La comuna

no era simplemente una instancia colectivista, para sus miembros era su mundo y la instancia con la cual se relacionaban con la sociedad. Abandonar la comuna implicaba perder las tierras que la comuna le había concedido en usufructo temporal.

De otra parte, tentar suerte por fuera del mundo conocido era una empresa muy arriesgada toda vez que en ese entonces la industrialización estaba dando sus primeros pasos y los centros industriales todavía no se convertían en polos de atracción. Por estas razones, una de las principales motivaciones de las autoridades fue estimular la liberación de los campesinos de su estructura social típica. Este problema a comienzos de siglo se hizo aún más imperioso en la medida en que la revolución de 1905 demostró el poderío organizacional e insurreccional de las *obschinas*²⁰.

En segundo lugar, la industrialización estaba obligada a reducir, al menos en forma parcial, la importancia de la agricultura por medio de la inversión de los excedentes agrícolas en la formación de capital industrial. Dada la estructura económica rusa, el campo debía ser el principal medio de acumulación. Las ganancias obtenidas en ese sector debían destinarse a la naciente industria. Para tal fin se requería también que el campo ruso se modernizara con el propósito de que consolidaran las relaciones mercantiles en el campo y entre este y las ciudades.

Este punto era muy importante en la medida en que la mayoría de los campesinos que pertenecían a las *obschinas* producían para sí y sólo un pequeño excedente lo destinaban al mercado, principalmente con el ánimo de vender para procurarse algún producto o utensilio que necesitara de manera imperiosa. La modernización del agro debía servir para que el naciente capitalismo se organizara sistémicamente en el vasto espacio del imperio y no siguiera funcionando a modo de enclaves en determinados centros mineros o industriales. Transformar las relaciones agrarias implicaba por tanto estimular el capitalismo para construir un tejido social y económico más favorable a la industrialización y a la consolidación del capitalismo.

En tercer lugar, estas reformas debían provocar la movilización de la mano de obra y de una libre disponibilidad de la fuerza de trabajo. Esta política se tradujo en un claro estímulo al proceso de diferenciación social en el campo: apareció un campe-

20. Véase L. Trotsky, *La Revolución de 1905*, dos volúmenes, París, Ruedo Ibérico, 1972.

sinado próspero que, hacia 1913 representaba el 15% de la población agrícola, uno mediano, 20% y una gran masa de campesinos pobres, 65%. Esta diferenciación obviamente se encontraba en el corazón de los objetivos modernizadores de los dirigentes, por cuanto romper con la homogeneidad significaba que los campesinos dejarían de actuar unidos y más importante aún florecerían intereses disímiles; unos vinculados a las políticas trazadas por las autoridades y otros, obviamente, sería terreno abonado para la difusión de los ideales revolucionarios.

Estos objetivos resultaban ser tanto o más importantes en la medida en que el campo, así como la sociedad rusa, era eminentemente tradicional y totalmente contrario a cualquier tentativa de introducción de capitalismo.

En vísperas de la Primera Guerra Mundial la populosa Rusia contaba con una población de 159,2 millones de habitantes, los cuales se desglosaban en 28,5 millones (18%) de población urbana y 130,7 (82%) de población rural. Era un país con un rápido crecimiento vegetativo de la población. El número de personas creció de 14 millones de habitantes en 1722 a 36 millones en 1796 para alcanzar la cifra de 94 millones de rusos y 125.6 millones de habitantes en todo el territorio del imperio en 1897. En 1913, la población total, incluidos Polonia y Finlandia, era de 161.7 millones de los cuales 137.2 en el territorio que posteriormente pertenecerá a la URSS en 1920²¹

A pesar de este predominio rural, las ciudades crecían con vertiginosa rapidez. En 1887 la población urbana ascendía a 16,8 millones de habitantes y en 1914 aumentó a 28,5 millones de personas, es decir, en un lapso de 17 años tuvo un crecimiento de casi el 70%.

En lo relativo a la composición social, según el censo de 1897, el único de la época zarista, el 84,2 % de los habitantes de la Rusia europea estaban considerados como campesinos de acuerdo con su "estado social", aunque el 6,7% de los mismos vivían en las ciudades. Estas cifras serían mayores si se hubieran incluido algunos grupos tales como los cosacos y algunos agricultores no rusos. Dentro de los límites del imperio, la población rural se elevaba en total a un 87%. Muchos de los "habitantes urbanos" eran, de hecho, trabajadores campesinos que

alternaban la vida de la ciudad con la del campo. En síntesis, aproximadamente el 90% de la población total o bien era de origen campesino o estaba muy en contacto con el medio rural; al menos cuatro de cada cinco personas vivían en núcleos rurales; las tres cuartas partes del total de asalariados trabajaban en la agricultura y el 80% de los reclutados por el ejército procedían de la población campesina²².

Como se puede observar la composición social rusa al despuntar el siglo veinte era la de una sociedad tradicional, con fuerte presencia campesina. La amplia mayoría de la población estaba constituida por la pequeña propiedad y pequeña explotación individual. Sin embargo, esta estructura estaba siendo alterada por el interés de los círculos dirigentes en modernizar la atrasada Rusia. Desde 1861, los zares comprendieron que si Rusia debía seguir siendo el "gendarme de Europa", éste tenía que transformarse. En este sentido, la orientación seguida por las autoridades consistió en estimular una modernización de las estructuras agrarias, dar inicio a una acelerada industrialización y actualizar la esfera financiera para que pudiera sufragar todos estos inmensos gastos que requería la modernización.

Tomando en cuenta estas particularidades de la estructura agraria rusa y de las transformaciones ocurridas en los meses revolucionarios se puede sostener la opinión que, desde una perspectiva de los campesinos, la revolución de octubre de ninguna manera puede ser considerada como socialista. Ante todo fue una revuelta anti modernizadora porque todo lo que hizo estuvo encaminado a de moler el andamiaje construido por el zarismo en el campo.

De otra parte, la revolución agraria de 1917 al reconstituir las formas tradicionales de producción y distribución y destruir las incipientes relaciones mercantiles se convirtió en un proceso de *arcaización*, puesto que acabó con la diferenciación social, arraigó nuevamente las formas comunitarias y reconstituyó los microcosmos campesinos de organización poder. Eso fue efectivamente lo que ocurrió en octubre de 1917 y, en ese plano, la revolución fue eminentemente conservadora.

La revolución urbana

El despertar del espíritu radical de los sectores populares de las grandes ciudades y centros indus-

21. F. Seurot, *Le système économique de l'URSS*, París, Presses universitaires de France, 1989, p.10.

22. T. Shanin, *La Clase incómoda*, Madrid, Alianza, 1983, p.43.

triales tuvo motivaciones diferentes al de los campesinos. Desde un comienzo la clase trabajadora se planteó el problema de la organización del nuevo poder, que se reflejó en la creación de sus propios órganos de representación, los soviets. Sus acciones, sin embargo, no se encaminaron para tomar control del poder. Esto se explica por la forma misma en que se institucionalizaron los soviets²³.

Mientras que los soviets de la revolución de 1905 nacieron directamente de una huelga de masas y de la necesidad de proseguir con el movimiento insurreccional, es decir, se convirtieron en órganos de coordinación de las actividades revolucionarias de los obreros, durante la revolución de febrero de 1917 se formaron a raíz de la sublevación de una guarnición en momentos en que la revolución había madurado en la capital. Contrariamente a su antecesor, el soviet de 1917 fue ante todo el resultado de una iniciativa de los dirigentes de los partidos socialistas, lo que se tradujo en una sobrerrepresentación de los sectores intelectuales en la dirección de los soviets. Esto precisamente explicará el paulatino divorcio entre los obreros y estos órganos de representación.

Los sectores trabajadores urbanos fueron más proclives a expresar igualmente reivindicaciones más políticas que los campesinos. Estas estaban vinculadas a las nuevas formas de legitimación de los soviets y a las representaciones partidarias que de ello se deducían²⁴.

Otra diferencia con la revuelta agraria consistió en que los obreros nunca plantearon entre sus demandas el problema de la propiedad. Sus reivindicaciones inmediatas se centraron en buscar mejores y más dignas condiciones de vida: la jornada de ocho y no doce horas, un salario mínimo de 3 rublos por día, agua caliente en las comidas, cantina, baños, mejoras en la ventilación de las empresas, la supresión del trabajo infantil, la regulación de los salarios semanales. Estas reivindicaciones se orientaban a mejorar las condiciones obreras y en ningún caso a transformar las existentes relaciones sociales²⁵.

El radicalismo obrero, al igual que el campesino, se comenzó a desarrollar a la par en que se consolidaban los logros de la revolución de febrero. Para la mayor parte de los obreros los soviets eran

sus bastiones de poder. Sin embargo, esto nunca significó que los obreros se sometieran automáticamente a la voluntad de estos órganos. En marzo de 1917, a los pocos días de constituido el gobierno provisional, el soviet de la capital hizo un llamamiento a los obreros para que volvieran al trabajo, a lo cual respondieron que lo harían una vez que se decretaran la jornada laboral de ocho horas. Ante la negativa de los obreros, el Soviet tuvo la imperiosa necesidad de entrar a negociar con las organizaciones patronales de la capital y satisfacer las demandas obreras.

Las exigencias obreras tensionaron al máximo las relaciones con los empresarios. A pesar de las inmensas ganancias obtenidas durante la guerra, la patronal no estaba dispuesta a ceder sus beneficios para satisfacer las demandas de los trabajadores. Para contrarrestar esta presión, desde finales del mes de marzo, los empresarios empezaron a cerrar las puertas de numerosas empresas. Durante sólo ese mes en la capital pararon 75 empresas, 54 de las cuales lo hicieron para acabar con la presión obrera y revolucionaria y 21 a causa de las dificultades de aprovisionamiento. Para los obreros este *lock-out* significó el inicio de un agudo conflicto con los capitalistas, pues ellos sabían que el cierre constituía un plan concertado de los empresarios para reducir a la nada sus justas demandas.

La respuesta obrera no tardó en llegar. Los obreros se organizaron en comités de fábrica, los cuales desarrollaron como uno de sus temas principales el ejercicio del control obrero de las empresas. A finales de mayo en la primera conferencia de los comités de fábrica de la capital estuvieron presentes 499 delegados que representaban a obreros enviados por 367 empresas. En esta conferencia, así como en las reuniones sucesivas, los bolcheviques consiguieron una mayoría aplastante.

Por las vicisitudes de la situación reinante, los comités de fábrica se radicalizaron. Durante los primeros meses -abril y mayo- los obreros exigían el acceso a los libros de contabilidad para comprobar el estado financiero de las empresas. En los meses siguientes, debido al cierre masivo de las empresas, los comités se preocuparon por verificar si el cierre obedecía a causas fundamentadas o no. Debido a que en la mayoría de los casos las empresas cerraban las puertas para despedir a los trabajado-

23.0. Anweiler, *Les soviets en Russie*, Paris, Gallimard, 1975, p.130.

24. Ibidem.

25. M. Ferro, *Les origines de la Perestroika*, Paris, Ramsay, 1990, p.21.

res, estos, por medio de los comités de fábricas, asumieron el control de la gestión de la empresa. La tercera fase se inició hacia el mes de junio y consistió en exigir el control de la gestión de las empresas de todo el país, como respuesta a las actitudes beligerantes adoptadas por los grandes gremios. Raros fueron los casos en que los obreros asumieron el control total de las empresas. Como señala Ferro

Algunos comités de fábrica fueron más lejos y tomaron en sus manos, desde el mes de marzo, la gestión administrativa de sus empresas (...) No obstante, no se plantearon proceder al control económico y las mociones de los obreros no mencionaban esta eventualidad; serán las circunstancias las que llevarán a tomar en sus manos la dirección total de las empresas, sobre todo cuando los patronos manifestaban actitudes contrarrevolucionarias. Sin embargo, esta gestión no suponía un verdadero control de la producción ni derivaba de una interpretación revolucionaria del funcionamiento de la industria en una sociedad nueva: los obreros aseguran el funcionamiento de la fábrica y se hacen cargo de ella como forma de presión sobre los patronos; es todo lo que hay en ese momento a nivel de la base obrera²⁶.

Las experiencias de gestión obrera garantizaron las condiciones sociales de la población trabajadora, pero no resolvieron los problemas productivos que en Rusia eran muy grave en razón de los desequilibrios generados por la guerra. A esto se sumó la acción desestabilizadora de los capitalistas quienes bloqueaban los ciclos productivos, rehusaban a realizar compras de productos de empresas bajo control obrero, etc. Se convocó una conferencia de comités para intentar dar solución a estos problemas. Bajo la presión bolchevique ella decidió ampliar la cobertura de acción del control obrero. Se sistematizó la coordinación lo que permitió poner bajo control grandes circuitos de la economía nacional y aumentar el peso político de los obreros²⁷.

Como se observa las motivaciones obreras no eran en ningún caso tan profundas como las campesinas. El radicalismo en el campo estaba transformando la propiedad, objetivo prioritario para las grandes masas rurales. En las ciudades, el control no se ejercía para alterar las formas de propiedad,

sino que para garantizar la subsistencia y el trabajo de la población trabajadora. Su radicalización obedeció a motivaciones de índole coyuntural de la cual supieron sacar provecho los bolcheviques. Por su accionar, los obreros, al igual que los campesinos, también estaban marcados por el igualitarismo de origen agrario. Sus reivindicaciones reproducían la misma calidad de reivindicación de los hombres de la tierra: una repartición justa de las riquezas basadas en una moral igualitarista²⁸.

Este vínculo entre los obreros y el campesinado no era gratuito. La clase obrera rusa en el cambio de siglo mantenía grandes diferencias con su similar occidental. En primer lugar, debido a que los albores del capitalismo se había iniciado tardíamente, el proletariado ruso no tenía tradición de lucha y carecía de poderosas y representativas organizaciones sociales y sindicales; en segundo lugar, sus raíces formativas no se encontraban en el artesanado, sino en el campesinado, con el cual para ese entonces aún no se habían roto los lazos: legalmente muchos obreros estaban clasificados entre la población campesina y, por lo tanto, continuaban atados a los impuestos de toda la comunidad campesina; otros poseían aún parcelas de tierra y numerosos eran -sobre todo en la industrial del tejido y del algodón- los obreros que regresaban a sus lugares de origen en tiempos de cosecha²⁹.

Este carácter del proletariado ruso era la consecuencia directa de la tardía industrialización. La industria, al igual que la agricultura, tuvo un rápido crecimiento a partir del último cuarto del siglo XIX.

Una de las primeras medidas tendientes a consolidar la economía industrial fue la construcción del tendido de líneas férreas, que generó una gran demanda de productos industriales. En 1885 el tendido de líneas férreas sumaban un total de 24.910 Km., en 1895 se llegó a 31.500 y en 1900 a 78.000. Algunos investigadores consideran que más o menos la mitad de la deuda nacional contraída en esos años se invirtió en los ferrocarriles. La importancia que tenía este medio de transporte y comunicación era muy grande para Rusia: por sus dimensiones, por las distancias entre los diversos circuitos económicos, el ferrocarril tenía que crear las condiciones para acelerar la unificación del mercado nacional.

26. M. Ferro, *La Revolución de 1917*, *op. cit.*, pp.160-161.

27. R. Girault y M. Ferro, *De la Russie à l'URSS*, París, Nathan, 1989, pp. 115-116.

28. M. Ferro, *Historias de Russie et d'ailleurs*, París, Balland, 1990, p.90.

29. E. Wolf, *op. cit.*, p. 114.

La manera en que se impulsó esta industrialización es importante sobre todo para comprender las características que se le imprimió al mismo proceso en la década de los treinta. En este caso el motor de la industrialización fue el resultado de la proyección del Estado en la vida económica. Es decir, el Estado se convirtió en el agente estimulador del proceso de industrialización. Este es uno de los primeros ejemplos en la historia mundial de crecimiento industrial directo suscitado por la intervención del Estado.

Durante la segunda fase del proceso industrializador 1907-1914 la función del Estado fue mucho menor: el sector privado constituyó el núcleo más dinámico, como resultado de las reformas iniciadas por Stolipin, así como por el aumento de los precios agrícolas que elevó la demanda.

CUADRO 1
Crecimiento de la producción industrial en porcentajes por año

	Rusia	EE.UU.	Gran Bret.
1885	6,10	8,75	4,56
1890	8,03	5,47	1,80
1907	6,25	3,52	2,72
1885	5,83	5,28	2,11

Fuente: A. Genscherson, The rate of growth in Russia en *Journal of economic history*, v.7, p. 156.0

Este impresionante crecimiento industrial desató la euforia de los capitales locales e internacionales. Como resultado de este crecimiento industrial acelerado a principios del siglo XX el capitalismo empezó a reproducirse en suelo ruso, pero, por las formas predominantes de agricultura que seguían siendo tradicionales, todavía no era un sistema que hubiese penetrado todos los poros de la sociedad. Más bien funcionaba a modo de enclave, es decir, existían algunos núcleos densamente modernos desde una perspectiva capitalista.

Este capitalismo ruso desde sus inicios mantuvo particularidades en las cuales se mezclaban el deseo de superar rápidamente el atraso, razón por la cual había que quemar etapas con tradiciones rusas. En primer lugar, y tal como lo constatabamos anteriormente, en el estadio inicial del desarrollo del capitalismo la participación del Estado fue un

elemento central. En segundo lugar, la economía industrial tenía un nivel muy alto de concentración en grandes empresas, o sea utilizaban técnicas con fuerte intensidad de trabajo poco calificado. En Rusia era común la existencia de empresas con miles de obreros, como la legendaria fábrica Pútilov, que desempeñaría un papel tan importante en la revolución, donde laboraban más de 40.000 obreros. Cabría destacar que la tendencia a las grandes unidades de producción remonta a esta época y no al período stalinista como se afirma generalmente.

Al tiempo que existía esta gran concentración, la tendencia contraria seguía latente: las pequeñas empresas conservaban un peso nada despreciable en la economía nacional. Por ejemplo, en 1915 alrededor del 65% de los trabajadores industriales, es decir, algo más de 5 millones de personas trabajaban en pequeñas empresas y realizaban el 33% del total de la producción industrial. Lo mismo ocurría en el comercio: si bien a comienzos de siglo habían aparecido formas monopolistas en el comercio y la participación del capital bancario en este sector era muy grande, el 87% de la circulación total de mercancías se realizaba en los pequeños negocios. La tendencia, sin embargo, apuntaba hacia la disminución de las pequeñas empresas. Durante la crisis de 1900 a 1903 quebraron más de 3.000 pequeñas empresas muchas de las cuales fueron absorbidas por las más grandes.

En tercer lugar, la industria rusa se desarrolló como consecuencia de las elevadas inversiones extranjeras, las que se canalizaron mayoritariamente a través del Estado. Se ha estimado en 4.225 millones de rublos la inversión extranjera durante el período 1898-1913 de los que 2.000 millones consistían en préstamos estatales. En 1914, la suma total del capital extranjero invertido en Rusia ascendía a 8.000 millones de rublos, en los cuales estaban incluidos derechos de propiedad sobre dos tercios del sistema bancario, la propiedad mayoritaria de minas y otras empresas, deudas de organismos locales y latifundios, etc. Según un autor soviético, en 1900 alrededor del 28,5% del capital de las compañías privadas era extranjero. Para 1913 ya había aumentado a un 33%. Durante estos años el capital extranjero invertido en Rusia aumentó un 85% mientras que el capital ruso creció el 60%³⁰. Las inversiones extranjeras se canalizaban hacia determinados sectores económicos: por ejemplo, constituían el 90% en la industria minera, el 42% en la industria del hierro, el 28% en la textil y el 50% en la química. En

30. A. Nove, *Historia económica de la Unión Soviética*, Madrid, Alianza, 1973, p.21.

cuanto a países Francia ocupaba el primer lugar con un 33% del capital extranjero, seguida por Gran Bretaña 23% y Alemania 20%.

De la manera como se inició la industrialización en Rusia se desprenden ciertas particularidades que diferencian al obrero ruso de su similar occidental: en el período en que se jugaban los destinos de Rusia, los obreros se encontraban en una fase de transición hacia la constitución como clase. Este "atraso" desempeñó un papel importante porque facilitó la comunión de intereses entre obreros y campesinos, situación que resultó ser decisiva en el año de 1917.

Desde un punto de vista organizacional, por su parte, los obreros rusos se encontraban en mejores condiciones que sus similares en otros países. La alta concentración fabril aglutinó a grandes números de obreros en las empresas. Para el año de 1917, el 24% de los obreros trabajaban en unidades que empleaban a más de 1.000 obreros y el 9,5% en unidades que oscilaban entre 500-1000³¹. La combatividad de los obreros de las grandes empresas se puede constatar cuando se observa que las huelgas eran más frecuentes entre las grandes empresas. De 1895 a 1904, la mitad de las firmas que empleaban más de 500 salariables conocieron huelgas, alrededor del 20% de las firmas que disponían entre 100 y 500 y el 2,7% en aquellas en se empleaban menos de 20 obreros. La dispersión de las empresas industriales, principalmente entre las pequeñas permitió limitar las migraciones y el éxodo rural.

A estos diferentes estilos de vida correspondieron, en 1917-1918, diferentes actitudes políticas. Los obreros de tiempo completo en las grandes empresas constituían el grueso del contingente de los bolcheviques, mientras que los asalariados del artesano eran más próximos a los socialistas revolucionarios³².

Estas peculiaridades inherentes a la clase obrera rusa la hizo más combativa en los sucesos de 1917. Sin duda, los obreros constituyeron un importante contingente empleado por los bolcheviques en los meses de la revolución. Una vez producido el advenimiento de los bolcheviques al poder, la clase obrera se benefició de los decretos a través de los cuales las empresas pasaban bajo control obrero. Todas las iniciativas por ella introducidas así como las medidas adoptadas por las autoridades en lo referente a

las industrias tenían como denominador común desmontar completamente los remanentes del proceso modernizador en las ciudades. En este plano la revolución urbana en sus fines arribó a un plano de convergencia con la revolución agraria.

Estos dos procesos revolucionarios le imprimieron la tónica la revolución de octubre: reconstituir los espacios y las organizaciones de corte tradicional en el campo y la ciudad.

Los movimientos de las nacionalidades y de los soldados

Como lo señalábamos anteriormente las sublevaciones de los obreros y campesinos no fueron los únicos levantamientos populares en 1917. Hubo otros que si bien tuvieron un alcance menor, su importancia fue estratégica ya que con sus acciones contribuyeron a crear la situación revolucionaria y a debilitar las bases sobre las cuales se había construido el régimen zarista.

El decreto de la paz promulgado por los bolcheviques el 26 de octubre constituía una medida ampliamente popular. Había sido elevada como consigna principal de lucha por los soldados durante sus largos meses de oposición al Gobierno Provisional. El ejército fue una fuerza verdaderamente decisiva de la Rusia revolucionaria. El estado de ánimo que embargaba a los soldados y la capacidad de inclinar la balanza hacia uno u otro lado, los situaba en el centro de la vida política nacional. Compuesto en su mayoría por campesinos, y dada la distancia que mediaba entre los soldados y los oficiales, el ejército ruso se diferenciaba de sus similares europeos.

Sin embargo, fue la aprobación del "Prikaze N.1", que transfirió el control de los regimientos de la retaguardia a los soviets, la penetración de las ideas revolucionarias en sus filas y su decidida acción revolucionaria desde el mes de febrero lo que contribuyó a la descomposición del aparato represivo de la Rusia autocrática. Además de las numerosas reivindicaciones a corto plazo, los soldados manifestaban una exigencia fundamental: la concertación de la paz entre las potencias.

En un principio, creyeron que el Gobierno Provisional firmaría la paz. Por eso le prestaron todo su apoyo a las nuevas autoridades. Sin embargo, en el mes de abril, la actitud de los soldados cambió

31. E.H. Carr, *La Revolución bolchevique, 1917-1923*, tomo 2, El orden económico, Madrid, Alianza, 1982, p.25.

32. Véase, F. Seurot, *op. cit.*, p. 21.

súbitamente: la nota enviada por Miliukov -Ministro de Relaciones Exteriores de Rusia- a las potencias aliadas en la que se precisaba de que su país continuaría con los compromisos adoptados por el zarismo y que proseguiría la guerra "hasta un final victorioso", creó un gran descontento en la tropa.

Los soldados decidieron organizarse y a través de multitudinarias manifestaciones mostraron toda su oposición con el curso adoptado por las autoridades. La desconfianza hacia el Gobierno Provisional cundió entre la tropa. Este distanciamiento de los soldados con respecto del Gobierno Provisional favoreció el mayor acercamiento y una mayor interpenetración de éstos con los soviets. Como resultado de estas manifestaciones y del desplazamiento de los soldados hacia posiciones radicales se produjo la primera crisis ministerial, la cual intentó ser conjurada mediante la formación de un gobierno de coalición compuesto de representantes de la burguesía y de los partidos eseristas y mencheviques.

La nota Miliukov jugó indirectamente a favor de la revolución; los soldados perdieron la confianza en el Gobierno Provisional, reafirmaron su voluntad respecto a los Soviets y se inclinaron hacia los anarquistas y bolcheviques, organizaciones políticas con las cuales obviamente comenzaban a sentir una gran afinidad.

Los meses siguientes fueron un claro testimonio de esta nueva tendencia: los soldados participaron con los bolcheviques en las jornadas de junio y julio en Petrogrado, apoyaron a los bolcheviques en la derrota del contrarrevolucionario y monarquista general Kornilov y, por último, fueron el brazo armado del partido de Lenin durante la revolución de octubre. El descontento de los soldados con el Gobierno Provisional también se expresó en otro sentido: desde mediados de 1917 fueron millares los soldados que desertaron del ejército, muchos de los cuales se sumaron a las revueltas campesinas en sus lugares de origen. No es exagerado decir que hacia octubre de 1917 de hecho el ejército ruso había dejado de existir.

En síntesis, la importancia del movimiento radical de los soldados consistió en que contribuyó enormemente a debilitar el aparato represivo del anterior régimen zarista y a paralizar al Gobierno Provisional ante el empuje bolchevique; fortaleció las tendencias de cambio entre la población del

campo; coadyuvó a la difusión de la idea del Estado comunal ya que en numerosas guarniciones los soldados crearon sus propias comunas³³ y, por último, sirvió de apoyo armado para la conquista bolchevique del poder. Después del triunfo de la revolución los soldados se convirtieron en el principal destacamento de defensa de la revolución y por su origen social, estuvieron dispuestos a reconstituir el ejército cuando la amenaza blanca se hizo sentir sobre el poder soviético.

Por último, las minorías nacionales se constituyeron también una fuerza disruptiva que ayudó a crear el clima propicio para la Revolución de Octubre. Desde el momento en que empezó la Primera Guerra Mundial, el problema de las nacionalidades había adquirido una gran importancia en lo que se llamó la guerra indirecta³⁴. El alto mando alemán, en su lucha por debilitar a la Rusia zarista, se jugó la carta de las nacionalidades, concediendo determinados derechos a Polonia, creando una legión de soldados finlandeses, etc., en fin, aplicó una serie de medidas orientadas a gestar un espíritu nacionalista entre los pueblos periféricos del imperio y debilitar así a las autoridades rusas y la combatividad de su ejército.

Después de consumada la revolución de febrero, el problema de las minorías cobró mayor fuerza y amplitud. Las reivindicaciones florecieron, sobre todo en la parte occidental del antiguo imperio, donde habitaban pueblos que habían adquirido un mayor desarrollo y tenían un sentimiento nacionalista más fuerte y opuesto a los rusos.

El Gobierno Provisional, ante el hecho consumado de rebeldía de algunas minorías nacionales, decidió concederles cierta autonomía, pero reservándose la resolución final del problema de las minorías hasta tanto no se convocara la Asamblea Constituyente. Sin embargo, esta medida no pudo cambiar los ánimos de las minorías nacionales dentro del concierto ruso; la mayoría de ellas exigía el derecho a la autodeterminación, es decir, que se les concediera la opción de decidir por sí mismos su destino.

La mayoría de los partidos políticos, por su parte, no estaba dispuesta a conceder el derecho de secesión, sino simplemente de autonomía cultural, lo que no mejoraba ni solucionaba los problemas de las minorías. Con la única salvedad del partido de

33. Véase P. Avrich, *Kronstadt 1917-1921*, Paris, Seuil, 1972.

34. Véase M. Ferro, *La Gran Guerra 1914-1918*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 182-205.

Lenin que abogaba por una verdadera autodeterminación de los pueblos, es decir, reflejaba el espíritu de éstos de definir por sí mismos su futuro.

El inicio de este movimiento contestatario desempeñó también un importante papel en la revolución. La proclamación de poderes regionales que contestaban las medidas adoptadas en el centro hizo que surgieran numerosos poderes paralelos los cuales, al disputarle dirección al Gobierno Provisional, lo debilitaron y favorecieron el clima de anarquía que sería propio a la gesta de octubre³⁵. La importancia de esta acción, similar a la que ocurriera en la era gorbachoviana³⁶, fue que contribuyó a minar los sustentos del poder estatal y a dar origen a signos precursores de nacionalismo.

Estos cuatro movimientos revolucionarios que actuaron entrelazados, construyeron el proceso básico que dio origen a la revolución: conformaron el aspecto popular y de masas de la revolución de octubre. El hecho que estas revoluciones se produjeran paralelamente ayudaron a crear el clima para que otro radicalismo, esta vez de índole intelectual, entrara a desempeñar su papel.

La revolución pudo haber tenido un resultado muy diferente a no ser por la destacada participación del partido bolchevique, organización que fue capaz de ponerse al frente de esta serie de movimientos revolucionarios. Eran el partido que trabajaba en el sentido de las fuerzas vivas de la Revolución. Este proceso que se conoce como la "bolchevización" de la sociedad fue el resultado del distanciamiento de grandes masas de la población de los partidos tradicionales para asumir una posición de apoyo o convergencia con el partido bolchevique. Como sugestivamente señala M. Ferro

Como los mencheviques y eseristas controlaban los soviets, aparecieron ante la gente como partidos centralizadores por lo que rápidamente se hicieron impopulares. No así los bolcheviques cuya orientación sólo conocían los iniciados: en esa fecha lejos de constituir un grupo monolítico, se escindían en grupos hostiles, como todas las otras fuerzas ; pero el público comprobaba que su acción iba siempre en el sentido de la desintegración del antiguo orden de cosas, del poder gubernamental, de la autoridad de los

soviets. Precisamente en el sentido hacia el cual tendían las fuerzas vivas de la revolución³⁷.

En tales circunstancias muchos partidos veían debilitada su representación y capacidad dirigente. Los partidos de derecha -octubrista, cadete- tenían un discurso que no traspasaba las fronteras de los círculos económicamente dominantes. El cadete, por ejemplo, poseía una propuesta de reforma agraria que pretendía la nacionalización de la tierra, de acuerdo a la cual la tierra debía ser repartida entre los campesinos, los cuales pagarían un alquiler al Estado, para que éste, a su vez, lo traspasase a los antiguos propietarios, que de ese modo se convertirían en rentistas del Estado.

Demás ésta decir que la población campesina de ningún modo se haría partícipe de una política tal. Una actitud semejante adoptaron esos mismos partidos en relación a los soviets. Una vez que éstos se habían constituido en los verdaderos depositarios del poder, el periódico Riech declaraba: "Los soviets y demás organizaciones solamente deben desempeñar la función de expresar las voluntades de la opinión pública, pero no deben participar en el poder". Como acertadamente señala una investigadora soviética, el fracaso del partido cadete se debió a que "las directrices programáticas y las acciones prácticas de los cadetes ante todas las cuestiones importantes de política interna y exterior estaban orientados a la defensa de los intereses de la burguesía y de ninguna manera correspondían a los deseos y esperanzas de los trabajadores³⁸". Por otra parte, la acción de estos partidos estuvo encaminada durante estos meses a desatar la inmediata ofensiva militar en la guerra en aras de la recuperación política del ejército, única fuerza capaz de poner fin a la anarquía reinante.

Los partidos menchevique y eserista con el correr del tiempo se interrelacionaban más y más con las clases dominantes. La acción de estos partidos, era, a juicio de ellos, controlar las acciones del gobierno burgués, velar por los intereses de los trabajadores y luchar por una mayor democratización de la sociedad, como requisito del triunfo del socialismo. Por esta concepción del futuro de Rusia es que los mencheviques estuvieron dispuestos a colaborar con el gobierno burgués. Los eseristas, por el contrario, consideraban que no se debía adoptar

35. D.W. Treadgold, *Twentieth Century Russia*, USA, Houghton Mifflin, 1980, p.120.

36. Véase H. Fazio. *Después del comunismo. La difícil transición en Europa Central y Oriental*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994, capítulo segundo.

37. M. Ferro, *La Revolución de 1917*, op.cit., p.426.

38. N.G. Dumova, "Acerca de la historia del partido cadete en 1917" en *Istoricheskie Zapiski* No90, Moscú, Nauka, 1972, p.131 (en ruso).

ninguna medida antes de convocar la Asamblea Constituyente.

Esta actitud adoptada por la mayoría de las organizaciones partidarias posibilitó que se fortaleciera la convergencia entre el sentir popular con el bolchevismo y el anarquismo. Si el bolchevismo finalmente triunfó fue porque supo montarse en la cresta de esta marea revolucionaria y encauzar estos procesos hacia sus fines. Ello fue posible porque los bolcheviques se constituyeron en el único partido que supo entender la dirección que estaban desarrollando los procesos y optaron por conferirle la tierra a los campesinos, lucharon por decretar la paz, conceder la autodeterminación de las naciones y el control obrero. Con estas directrices la autoridad de los bolcheviques creció. Si un pequeño par-

tido de 400 mil militantes pudo tomarse el poder en la vasta Rusia fue porque iba a favor de las fuerzas de cambio.

Pero no fue el radicalismo intelectual el que determinó la calidad de los procesos. Esos venían dados por las acciones desarrolladas por el radicalismo popular, el cual nunca pensó en términos de socialismo, pero sí de destrucción de todo aquello que estaba marginando a las grandes clases del desarrollo de Rusia. De esta contradicción nació la tensión que atravesaría toda la historia soviética: entre la pretensión de construir una nueva sociedad y la inclinación popular por apegarse a o tradicional y erradicar todo aquello que significara desigualdad y diferenciación social.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 2003 -2007 